

MANIFIESTO

de la Familia Franciscana

Capítulo de las Esteras · Barcelona, 3 de mayo de 2026

Han pasado ochocientos años desde que Francisco de Asís, desnudo sobre la tierra desnuda, alzó las manos vacías hacia el cielo y partió su último pan. Aquel tránsito —aquel paso, aquel verdadero nacimiento— sigue resonando. Hoy, reunidos como familia franciscana en esta ciudad donde la piedra aprende a cantar, recibimos esa resonancia y respondemos.

La fraternidad duele y sostiene

Los hermanos que lloraron sobre Francisco aquella tarde de octubre dijeron con el llanto lo que las palabras no alcanzan: que algo verdadero había ocurrido entre ellos, que lo construido juntos tiene un peso que la muerte no puede levantar. Queremos una fraternidad así, que cueste algo, que sepa los nombres de aquellos a los que llora, que sostenga en la oscuridad.

Los pobres son nuestro lugar

El beso al leproso fue el gesto que cambió todo: el momento en que Francisco descubrió que el margen es el centro y lo descartado es lo precioso. Hoy los leprosos tienen otros rostros, otras fronteras, otros márgenes. Nuestra vocación sigue siendo acercarnos hasta que el miedo se convierte en ternura, y quedarnos.

La paz es nuestra palabra al mundo

Francisco fue a hablar con el sultán cuando todos callaban o combatían. Antes de cualquier argumento, ofreció su presencia: cruzó la frontera, se sentó a la misma mesa, dijo paz y bien sin esperar que nadie le preguntara de qué lado estaba. En un mundo que multiplica los muros, la familia franciscana mantiene ese gesto extraño y necesario.

La belleza es una forma de conocer

Este templo que hemos recorrido—donde la piedra aprende el lenguaje del bosque y la luz entra como si las criaturas empujaran desde fuera— nos confirma lo que Francisco supo siempre: que el Creador sigue resonando en las cosas, que la hermana luna y el hermano fuego son maestros, que cuidar la belleza del mundo es también cuidar a los pobres que lo habitan. Gaudí y Francisco comparten esa certeza: la forma es teología.

Lo pequeño contiene todo

Josep Maria Esquirol nos recuerda que la filosofía empieza en lo próximo: en el gesto de quien parte el pan, en la atención al rostro del que está al lado. Francisco lo supo antes: el pedacito de pan dado a cada hermano en la hora de morir, los dulces que Jacoba amasó con sus manos. La resistencia íntima empieza aquí, en lo mínimo que se parte y se da.

La alegría es el nombre de nuestra esperanza

Francisco murió cantando. Las alondras giraron sobre el tejado con una alegría insólita, fuera de toda medida ordinaria. El Cántico nació en la oscuridad y el dolor, cuando ya estaba casi ciego, y sin embargo brotó como agua de la roca: la alabanza que precede al amanecer, la alegría que arraiga más hondo que las circunstancias. Esta alegría es lo que el mundo más necesita de nosotros.

